

Marcomoebius

¿Se habrán entretenido alguna vez mis lectores observando un salón burgués, y piénsese que hoy y aquí son burgueses todos los salones, desde los millonarios hasta los proletarios? No hará falta que azuce en exceso su memoria para obligarles a recordar la presencia de cuadros en las paredes de dichos salones. No digo qué colores o qué representan dichos cuadros, asuntos que, si me apuran, serán difíciles de recordar como son difíciles de recordar los títulos de los libros que también habrá en esos salones burgueses, por no hablar de si dichos libros son o no del canon literario o si sólo están ahí porque sus lomos hacen juego con el tapizado del sofá. No. Me refiero al simple hecho de que habrá cuadros. En algunos salones habrá facsímiles primorosamente realizados, en otros, originales que no cuelgan ahí por su valor sino por su precio, y aun en otros habrá marinas mal pergeñadas o escenas de caza con mucho cuerno y mucho perro, o acaso alguna escena montañesa que refresca en verano y que en invierno apenas es vista porque para ver, lo que se dice ver, ya está la televisión.

Bien, situado el asunto, iremos al detalle.

También mis insignes lectores se habrán percatado de que la mayoría, y hablo de un porcentaje muy elevado, de esos cuadros tienen marcos. El marco es un artilugio consistente en esencia en una figura geométrica, sea rectangular, circular o aun ovalada, con una figura idéntica y disminuida vaciada en su centro geométrico, es decir que el agujero es concéntrico a la forma externa del marco. Ignoro el motivo, pero a esos marcos se les llama también molduras. Y no todos siguen esa definición porque algunos marcos no son uniformes, aunque lo aparenten: ¿se han percatado mis lectores de esas filigranas de marquetería que adornan ciertos museos, y que algunos hogares burgueses han plagiado con pasión ostentosa y provocadora de la envidia del vecindario, envidia que estimula un evidente crecimiento y despegue de la economía? Esas filigranas no son uniformes aunque repitan ciertos módulos o patrones. Por suerte, esos alardes han perdido un poco su actualidad y el uso, hoy, es el de los marcos lisos en los que la moldura se repite, sí, pero a lo largo de todo el perfil.

Conscientes de la vulgaridad de dichos marcos, de la repetición agobiante y letal, letal, sí, porque pueden darse casos de fallecimiento por tedio, el Institutum Pataphysicum Granatensis ha delegado en mi persona, lo que me honra grandemente, la realización práctica de cierta idea que en noche de insomnio atacó sorpresivamente a nuestro Rector Magnífico y Perezoso, a quien se le apareció el Cocodrilo Lutembi y le susurró con astucia que las horas de dichos marcos estaban contadas y era preciso transmutarlos por otros basados en la cinta de Moebius.

Ignoraba todo sobre carpintería, ebanistería o marquetería. Todo. Todo. Pero me puse a la tarea porque nada hay más sacro para mí o para cualquier Sátrapa, Trascendente o no, aunque bien es sabido que nadie es necesario pero todos somos trascendentes, que acatar aunque sólo sea las insinuaciones de nuestro dilecto Rector, y más si éstas provienen de la milagrosa aparición y susurración del Vicecurador Saurio Lutembi. Hacerlo es algo tan imprescindible, inevitable, ineludible e irascible como la misma vida. El enigma primero consistió en esa cinta de ese tal Moebius. Vi imágenes que la representaban y me hice una en papel, como prototipo para luego poder construirla en madera y lograr que casase en un cuadro cualquiera, cuyo color, tema, tamaño, texturas, figurativismo o no, abstracción o sí, técnica pictórica, oscuridad

o contraste, fuesen indiferentes, anodinos e insignificantes. Me encerré en mi taller y empecé a aprender el manejo de tijeras, pegamentos, formones, cepillos, azuelas, lijas, garlopas, seguetas, escoplos o bisturíes. Pude al fin construir un marco abierto al que, sometido a la acción del fuego y del agua, logré retorcer uniformemente lo justo para que uno de los extremos se uniera al otro invertido, de forma que la dichosa hormiguita (me costó Dios y ayuda lograr que una siquiera consintiese en corretear disciplinadamente a lo largo del marco y, llegada al final se encontrase por dentro cuando había empezado su camino por fuera; hablé con ella y fue mano de santo) lo recorriese como mandan los cánones wikipédicos. El problema entonces estribó en conseguir que el cuadro entrase en aquel marco. Intenté, incluso, el diálogo, pero un trozo de madera, a fin de cuentas un árbol difunto, o lo que es peor si se trata de aglomerado, un árbol difunto, troceado, machacado, desmenuzado, encolado y prensado, no es una hormiga, ser vivo a fin de cuentas aunque diminuto y con antenitas. Ni modo. Cuando lograba meter una esquina en la correspondiente del marco, ésta saltaba al meter la segunda. Tras ímprobos esfuerzos, fueron dos las esquinas encastradas. Al intentar la tercera saltaron las dos anteriores. Reflexioné: esas dos esquinas eran contrapuestas, debía intentarlo con dos esquinas contiguas. La tercera siguió saltando. Encendí un cigarrillo y hundí la brasa en la parte más sensible del marco, no recuerdo si por dentro o por fuera. Nada. Quizá, pensé, el problema no esté en el marco sino en el cuadro. Apliqué la lógica difusa, y el cuadro, que representaba una real moza en cueros, creyéndose que la confundía con un tren, pues la moza tenía estudios y sabía que los trenes japoneses se rigen en sus raudos ires y venires por la fuzzy logic, sintióse ofendida y escapó de allí pitando y echando humo. Luego, casi con los nervios perdidos, aticé un fuzzylogicazo a la dichosa cinta de Moebius que, hipando, pues había bebido, me espetó que difusa lo sería mi sacrosanta madre.

Estuve nueve semanas y media en el taller. Cada mañana recomenzaba mis intentos. Diálogo, seducción, fuzzy logic, amenazas, torturas, asesinato. Fracasé. Desde entonces estoy aquí. No me tratan mal.

Miguel Arnas Coronado